

## No es país para jóvenes. Los servicios sociales, la vida adulta y la exclusión social

Algunos jóvenes entran de un modo abrupto en la edad adulta, en unas condiciones que ponen en peligro su desarrollo personal y sus proyectos de vida y que aumentan las probabilidades que tienen de vivir en la exclusión social o en la marginación. Representan uno de los perfiles más característicos de los jóvenes que acuden a los servicios sociales en busca de ayuda. Estos, de los que no se pensó que debieran facilitar la transición vital a la madurez (al menos en términos tan nítidos), no saben, pueden o quieren hacer nada al respecto. El artículo va más allá de las razonables explicaciones en torno a la escasez de recursos o la ausencia de coordinación con otros servicios, para presentar un conjunto de ideas alternativas. Puede que detrás de este “fracaso”, siempre relativo y parcial, de los servicios sociales se encuentren razones tales como el “miedo” a estos jóvenes y la incompreensión de sus vidas, la concepción unilateral de los servicios sociales como institución de la “protección social” y su desconocimiento de las “cuestiones de la vida”. El artículo utiliza los casos de tres jóvenes para ilustrar las tesis ofrecidas y profundizar en ellas, y como vía para una comprensión más real y menos nocional de aquello de lo que habla.

**Palabras clave:** Juventud, Servicios Sociales, protección social, exclusión social, marginación

(1)  
Hemos decidido hablar de fracasos, al menos de fracasos relativos, pero esto no debe sesgar nuestra mirada. ¡Hay tantos que milagrosamente salen adelante sin que nadie sepa muy bien por qué! A veces el trabajo social, a veces la vida misma, convierte a jóvenes desorganizados, perezosos e insolentes en trabajadores responsables y en padres de familia atentos, orgullosos de serlo. Chicos que fueron malos estudiantes se convierten, bajo la presión y las gratificaciones de la vida laboral, en personas adultas que dejan atrás su infancia maltrecha. A pesar de nuestra tentación de cargar a alguien con la culpa, lo bien cierto es que –como escribió Gilles Deleuze– “nunca se sabe de antemano cómo alguien llegará a aprender, mediante qué amores se llega a ser bueno en latín, por medio de qué encuentros se llega a ser

Son muchos los jóvenes que en España llevan a cabo *una* medianamente feliz (afortunada) y no demasiado problemática transición a la vida adulta, a pesar de las enormes dificultades de los tiempos presentes. Esta mudanza ha cambiado, desde luego, pues hoy es por lo general “más prolongada, interrumpida y fragmentada” (Sharland, 2006).

Algunos jóvenes no son tan agraciados. Esta transición se torna más dificultosa para los menos capaces, para quienes padecen limitaciones físicas, tienen problemas emocionales o de conducta, familias abusivas o desentendidas, etc. (Osgood, Flanagan y Forster, 2005).

Para ellos, es peor. A menudo deben abordar diferentes transiciones al mismo tiempo, en una edad temprana y con menos apoyo y capacidades que el común de los jóvenes. Acostumbran a poseer una visión no lineal de cómo el pasado, el presente y el futuro están conectados, lo que vuelve la predicción y la planificación del futuro algo improbable o torpe. Si todos los jóvenes han de aprender mucho para poder llevar una vida independiente (cómo pagar facturas, organizar la economía doméstica o planificar qué hacer durante el día), ellos deben aprender todavía más: sus carencias y sus necesidades son mayores (Backe-Hansen: 1 y 3).

Algunos de estos lo consiguen, desde luego, pero no todos. (1) Muchos son los que se quedan a mitad de la cuerda, haciendo equilibrios imposibles y

filósofo, en qué diccionarios se aprende a pensar. Los límites de las facultades se solapan unos con otros bajo la forma fracturada de lo que lleva y transmite la diferencia. No hay un método para encontrar tesoros y tampoco hay un método de aprender” (cit. por Gabilondo, 2007: 159). Es la magia de cada día de la que hablan algunos estudiosos de la resiliencia (por ejemplo, Masten, 2001). Usamos este anglicismo a pesar de las recomendaciones de la Fundación del Español Urgente: “Si bien es cierto que el uso de la palabra resiliencia se ha extendido en los últimos años para referirse a la “capacidad de un paciente para recuperarse rápidamente tras una enfermedad” y también a la “capacidad de una persona para sobreponerse a alguna adversidad”, lo cierto es que este anglicismo puede ser evitado, según el contexto, por términos propios del español como *resistencia*, *temple*, *aguante*, *entereza*, *capacidad de recuperación*, *capacidad de superación*, *longanimidad...*” (<http://www.fundeu.es>).

(2)  
Aunque no seamos muy explícitos al respecto a lo largo del texto, debe quedar claro que cuando nos referimos a “servicios sociales” lo hacemos a los municipales, a aquellos a los que la Ley 7/1985, de 2 de abril, Reguladora de las Bases del Régimen Local, llama “servicios sociales y de promoción y inserción social”.

(3)  
Su intervención acaba en ocasiones por precipitar los acontecimientos: la pareja se rompe, la joven se marcha lejos de su familia, con amigos en situaciones indeseables, el joven huye, la criatura queda al cuidado de los abuelos. Su intervención ha precipitado la institucionalización y ha convertido a los jóvenes en más inmaduros e irresponsables si cabe. Ellos, como cabía esperar, refuerzan el papel sensato de los adultos (los padres, convertidos ahora en abuelos) y ponen distancia entre las generaciones, que han pasado a ser tres, minusvalorando además el papel de los jóvenes padres. Provocan, sin desearlo, una fractura generacional.

precarios, y muchos son los que caen. Algunos de estos últimos acaban pasando por los servicios sociales (2).

Descubren allí que han llegado a un espacio de adultos: los profesionales, los documentos, el estilo relacional, las expectativas, las reglas, todo está hecho para los adultos. En los servicios sociales, los jóvenes van a encontrar un mundo de adultos que les atenderá como si fueran adultos.

Ellos son “jóvenes” que sienten que el mundo es pequeño y que pueden cambiarlo, inmediatamente. Son impulsivos y desordenados, pero también divertidos, optimistas y voluntariosos, desafiantes y provocadores. Todo está a su alcance. No tienen tiempo, todo debe hacerse hoy, la vida se les escapa y les requiere a la vez. Acuden a los servicios sociales, sin embargo, porque no han encontrado en su entorno la comprensión y la ayuda para su situación específica y particularísima.

Los trabajadores sociales que les reciben pueden ser profesionales noveles, preocupados por dar la talla en su trabajo y temerosos de no poder introducir control en tanta necesidad perentoria. Igual son padres y madres de familia, espantados (porque algo de lo que ven reverbera en su interior y despierta su propios miedos) ante una conducta que consideran a todas luces de riesgo, para los jóvenes, para su futuro, para las próximas generaciones. Pueden estar cansados y desbordados. Tienen autoridad para introducir control pero no el tiempo necesario para meditar sobre el futuro de estas personas.

Los trabajadores sociales son conocedores de la falta de recursos sociales. Ni existe trabajo para estos jóvenes, ni vivienda ni, casi, ayudas económicas. Los ingresos derivados de la renta mínima –salvadas las diferencias entre autonomías– son insuficientes. Sabedores de todo ello, su consejo es que permanezcan con su familia. Por muy mal que se encuentren en ese núcleo, no hay nada peor que la inclemencia de la vida adulta para quien tiene tan escasos recursos.

Pero estos jóvenes quieren salir cuanto antes de casa. En ocasiones muy graves, o ante un aburrimiento insuperable, las mujeres aceptan acudir a una vivienda tutelada que les da la oportunidad de descansar, madurar y atender a la criatura. El precio de este paso institucional, sin embargo, es alto. Aprenden nuevas maneras de vivir, copian malos hábitos, se identifican con una etiqueta que otros les pegan al cuerpo. Para los chicos, la salida puede ser la cárcel, que les dará, temporalmente, el privilegio del reconocimiento social para quien hizo algo prohibido o simplemente pasó por los ritos de la adultez.

De este modo, los servicios sociales, los más cercanos y fáciles de conocer, se encuentran lejos de la realidad de las personas jóvenes y de sus objetivos. (3)

Por otro lado, estos jóvenes saben que son titulares de derechos, pues éstos se proclaman por doquier, desde la publicidad comercial hasta la institucional, en los discursos de los políticos y en las charlas con los profesionales sociales. Chocarán con la realidad y comprobarán con decepción que hay una gran distancia entre los derechos y su aplicación efectiva, que pasa por expedientes y documentación, papeles imposibles de múltiples instituciones que requieren viajes caros, tiempo y regularidad, esfuerzo y disciplina. Los trabajadores sociales hacen lo que pueden, que a veces no es mucho. Surgirá entonces la amenaza, el llanto y la desesperación: “no me ayudas”, “yo confiaba en ti”, “si tú no haces nada,

¿quién lo hará?”. Algunos se precipitarán en el robo, la extorsión y la toxicomanía; algunos caerán en los infiernos. El encuentro, con frecuencia, se convierte en desencuentro, en pesares y en acusaciones.

Conclusión, sencilla, sumaria, un poco apodíctica, provisional: los servicios sociales no ayudan a los jóvenes en su transición a la vida adulta.

## Las madres fundadoras, Criseida, Ayante y Diomedes

El caso es que las Madres Fundadoras de los servicios sociales en España no previeron que su papel, entre tantos otros, fuera el de ayudar a algunos jóvenes en esa transición. Los servicios sociales eran cosa de menores, adultos y mayores.

No lo tienen fácil, desde luego. Algunos de esos “clientes sin cita” se han precipitado de cabeza en la edad adulta, han corrido a ser adultos y han fantaseado que el mejor modo de escapar de las miserias de su vida era jugar a ser adultos. Empezar con tan mal pie y sin que nadie te quiera, sepa o pueda ayudar es mala cosa. Serán adultos a medio cocer o llegarán a serlo de pleno, pero vivirán malamente.

Otros actúan de una manera que dificulta su desarrollo personal. Quizá juegan a lo que no son (beben, fuman, se drogan, tienen sexo, son asertivos, delinquen), pero todo lo que hacen retrasa su entrada en la vida adulta. Algunos quedan como adolescentes perpetuos. Son sujetos “congelados en el tiempo” porque, aunque creyeron haberse subido al autobús que les llevaba a la siguiente parada del ciclo vital, no lo hicieron en realidad. O mejor, sí lo hicieron pero resultó que el autobús, averiado y en tierra de nadie, les dejó en un descampado a la intemperie. También ellos, seguramente, buscaban escapar de las penalidades o vejaciones de una vida inmerecida.

(4)

Nos ha parecido conveniente utilizar nombres griegos, tomados al azar de los personajes no divinos de la *Iliada*. La elección lo es por la belleza de los mismos y por la distancia que consiguen poner entre los casos y los lectores (ambas subliman la banalidad de estos asuntos y nos los vuelven menos corrientes). Es una manera también de rendir homenaje a estos “pobres diablos”, desafortunados, desconectados de la corriente principal de la vida, innombrados, a veces despreciados. Ayante y Diomedes son dos héroes guerreros. Criseida es la reputada hija de un sacerdote de Apolo.

(5)

Este par de asunciones es pura convención. Criseida y Ayante, queriendo ser adultos de golpe, podrían perfectamente ser hijos de la protección infantil. Diomedes podría sin dificultad pasar por el hijo de una familia de servicios sociales.

Pongamos que los primeros son los hijos de familias conocidas, ayudadas por los servicios sociales, con dinero o mediación para la buena convivencia, con formación o con cualquier otro *recurso* (palabra mágica). Estos hijos no fueron casos de menor, sino simplemente miembros de un *package* acostumbrado a tratar con los servicios sociales. Lo cierto es que aquí están de nuevo, pidiendo ayuda.

Criseida ha quedado embarazada “antes de hora”. Ayante (4), peleado con su autoritario padre, desea irse de casa. Criseida y Ayante no acabarán estrellándose, pero sus vidas, a buen seguro, no serán fáciles.

Asumamos que los segundos son los fracasados de las intervenciones con menores. (5) El que fue menor en riesgo o desamparo, víctima o victimario, ahora es simplemente un joven al que hay que pasar de la protección infantil a la protección social, y una persona que busca bienes materiales (que los hay en escasez) y bienes inmateriales (comprensión, reconocimiento, orientación, conversación). Un joven, por cierto, para el que ya no se dispone de un sistema de clasificación como el que proporcionaba la legislación del menor.

Diomedes ha vagado por el sistema, del que ha agotado todas las posibilidades. Ya no es un “adolescente en riesgo”, ni siquiera un adolescente. No estudia y comienza a delinquir; se inicia en el consumo de drogas.

Criseida, Ayante y Diomedes no han tenido una vida fácil. El caso es que aquí están. No son menores, no son adultos. Son jóvenes y, como tales, hacen las cosas propias de la edad, padecen sus males y su turbulencia y se enfrentan a las dificultades de serlo. (6)

Elijamos un foco, privilegiemos un asunto. Veámosles –ésta es la propuesta– como personas que buscan identidad y reconocimiento, a tientas, explorando, asumiendo riesgos, como tantos otros sujetos de su edad. (7) Esta búsqueda les lleva por caminos bien diferentes.

Criseida y Ayante buscan una identidad de adultos (antes de lo que la norma y la realidad estadística marcan). Se diría que no creen disponer de tiempo, que no consiguen proyectarse en el futuro. Más allá de accidentes y situaciones inesperadas, deciden que su identidad será la de un adulto, que el reconocimiento será el de un adulto. Las bases de una y otro, sin embargo, de tan frágiles como son, desestabilizarán o arruinarán su fantasía. Tardarán en ser adultos y, cuando lo hagan, serán adultos en la exclusión social.

Cuando Diomedes sale de la protección infantil no se encuentra con un comité de recepción. Para él, el fin de la adolescencia no pasa por una fiesta de graduación y la entrega de un diploma, sino por la vuelta al infierno doméstico o la calle. Desorientado, confuso, ansioso, buscará en la droga y en la pequeña criminalidad una salida, como tantos jóvenes. Una salida que, por extraño que parezca, es fuente de identidad y reconocimiento (a veces, cuando uno no es bueno, porque no puede o no le dejan, decide que ser malo puede ser una alternativa: “mejor eso que no ser nada”).

(6)

Esto, que parece sencillo, tiene la opacidad de lo elemental. Son jóvenes, sí, pero tienen hijos, son imputables penalmente, les abrimos un mundo de elecciones y posibilidades, son responsables de sus actos. Así es y así debe ser. Lo cual no niega el hecho de que son jóvenes y, por lo tanto, todavía necesitados de la ayuda, consejo, orientación, disciplina y límites de los adultos.

Diomedes, que actúa sin red, se lastimará, al igual que una parte de todos aquellos jóvenes exploradores y aventureros insensatos (no todos). Su conducta de altísimo riesgo y el contacto con el sistema penal frenarán su desarrollo como adulto. Las fuentes de su identidad y reconocimiento, de tan dañinas como son, le abocarán a la exclusión y la marginalidad. Él a buen seguro que también dejará críos por el mundo.

Las Madres Fundadoras de los servicios sociales en España no se vieron enfrentándose a cuestiones de identidad y reconocimiento, fuera de la identidad y el reconocimiento que proporcionan los derechos sociales. Lo suyo era la protección social y el bienestar social y la integración social y la cohesión social.

(7)

La perspectiva privilegiada está muy influida por Mark Bracher (2006 y 2009). La diferencia entre nuestros jóvenes y otras personas reside en que el abandono de la escuela, el trauma y su familia limitan sus posibilidades; su cartera de recursos es pobre, pues tienen mucho menos tiempo, paciencia, calificaciones educativas y apoyos. El trauma y la pobreza, el abandono y la soledad, han dificultado su desarrollo cognitivo, emocional y moral.

Porque lo que debe saberse es que Criseida, Ayante y Diomedes acuden a los servicios sociales, aunque nunca a su hora ni en el día previsto. Estos no saben ayudarles en su transición a la edad adulta y no proporcionan alimentos sanos de identidad y reconocimiento. No previeron ni previnieron; tampoco ahora corrigen o compensan.

Los servicios sociales no les pueden, quieren, saben ayudar, salvo excepciones. Criseida, Ayante y Diomedes van abocados a la exclusión social. Serán supervivientes o víctimas, pero raramente “personas que se libran”. (8) Serán, en el extremo, seres que deambulan buscando el sueño perdido.

(8)

Estas son las tres categorías que ofrece Mike Stein para el futuro de los jóvenes salidos de la protección infantil (2005 y 2006).

¿Culparemos, por cierto, a los servicios sociales? Y si es así, ¿en calidad de qué? ¿Son autores del mal, cooperadores necesarios, cómplices? ¿Puede imputárseles omisión por no haber hecho nada (ni para prevenir el mal, ni para remediarlo)? ¿Se trata más bien de una omisión por no haber hecho nada cuando se disponía de los medios que hubieran evitado el mal?

Es fácil afirmar que si los servicios sociales hubieran trabajado bien, Criseida, Ayante y Diomedes no estarían de nuevo “aquí”, engrosando las carpetas, alargando una dependencia que, ya heredada de padres a hijos, ya impuesta por la fatalidad de la vida, parece no tener fin. Hacerlo, conociendo el medio, sería despiadado. Con todo, es difícil no sentir inquietud por este fracaso, aunque no sepamos muy bien a quién imputárselo.

Fue Criseida la que se quedó embarazada y fue Ayante quien se empeñó en irse de casa, uno y otro sin preparación ni madurez suficientes, sí, fueron ellos, pero los servicios sociales andaban de por medio.

Fue Diomedes quien se enredó con las drogas e inició el tan hollado camino de la autodestrucción y el daño a los seres queridos y fue él quien atracó la gasolinera, sí, pero los servicios sociales andaban de por medio.

¿Cómo llegan los servicios sociales a este punto? No quieren, obviamente, pero lo hacen. ¿Por qué?

La explicación de que eso es así porque no cuentan con un programa de juventud, no sirve. Es demasiado fácil. La explicación de que Criseida, Ayante y Diomedes no son cosa suya, sino de los servicios de juventud, educación, sanidad o vaya-usted-a-saber, tampoco sirve. Estos balones no los puedes tirar fuera. Habrás repartido la culpa, pero no habrás avanzado un milímetro.

Más interesante sería hablar de la falta de integración de todos esos servicios, de lo poco y mal que se coordinan, de la necesidad de intervenciones integrales u holistas, etc. Nuestra opción, no obstante, es otra.

## La protección social, las personas y la vida

¿Qué ocurre, pues? Nos atrevemos con tres interpretaciones:

1. Que se teme su juventud y no se entienden bien sus circunstancias vitales y sus problemas.
2. Que los servicios sociales, engolfados en la lógica de la protección social, la distribución de recursos y la asignación de prestaciones, no acaban de encontrar el espacio y el tiempo para trabajar a fondo con las personas.
3. Que los servicios sociales, hijos de un tiempo preocupado por la emancipación de sus usuarios (de la pobreza, el *padre padrone*, el varón dominante o el control social), no saben cómo tratar las “cuestiones de la vida”. Lo afirmamos en su momento. Las Madres Fundadoras no sabían de identidad y reconocimiento. (9)

El primer asunto es importante. Comoquiera que se teme su juventud y no se entienden bien sus circunstancias vitales y sus problemas (10), no se sabe qué hacer con ellos. Al presentar *in extenso* los casos de Criseida, Ayante y Diomedes, en las próximas secciones, lo hacemos convencidos de que las historias son uno de los mejores medios con que contamos para mejorar esa comprensión.

Extendámonos, sin embargo, en las dos últimas explicaciones.

Las personas jóvenes que acuden a los servicios sociales tienen su propia personalidad, sus gustos y sus interpretaciones del mundo. En todo encuentro conviene darse un tiempo para el conocimiento mutuo; en el que nos atañe, el tiempo necesario para saber si la persona y la trabajadora

(9)

Fernando Vidal ha establecido una acertadísima distinción entre *políticas de recursos* y *políticas de sentido* (2009: 53).

(10)

Elaine Sharland reclama un esfuerzo para distinguir entre lo que es un riesgo normal (propio de la edad) y uno anormal, entre un riesgo aceptable y uno inaceptable; pide también que pensemos si estamos hablando de los jóvenes en transición, de los jóvenes que tienen problemas o de los jóvenes como problema (2006).

social comparten, de alguna manera, una visión del mundo y del problema que se presenta.

La transformación de estas personas, por otro lado, es una inversión a largo plazo. Hay que llegar a saber cosas de esas que uno sólo cuenta a alguien en quien confía. (11) Hay que restablecer, más allá, una confianza en el otro, por lo menos en el otro cercano. Recuperar la confianza en las relaciones, no en uno mismo (aunque el amor de sí es importante), en las relaciones cercanas y significativas en el largo plazo, es importante. Para ello, el joven debe quedar convencido de que los otros implicados, padres, hermanos o maestros, tienen el mismo y profundo interés en que la situación mejore; este joven llegará a comprender que estos personajes le protegen, aunque no siempre de una manera visible, inequívoca o práctica.

Comprender, esperar y darse tiempo, sin embargo, no es posible. Las personas tienen prisa, la situación apremia, hay que hacer algo inmediatamente. Por otro lado, escuchar y tener una relación cercana con otro, mostrarse, es un riesgo, quienquiera que sea ese otro. La institución, sea o no parte de la administración pública, no piensa en estos términos. Los principios de la profesión santifican cierta distancia.

El problema, en el fondo, es que los servicios sociales no están pensados para esto. Hoy por hoy son máquinas distribuidoras (más o menos eficaces) y redes de protección (con más o menos agujeros). Están atrapados en la “jaula de la producción” (Aliena, 2008: cap. 4). Están claramente conformados para la solución de problemas, y rechazan con firmeza cualquier otra orientación.

Atendamos, como muestra, una de ellas. Desde los Países Bajos, Andries J. Baart, tras una larga investigación de la actuación de los ministros pastorales en su país, a los que toma como modelos, nos ofrece lo que él llama “la perspectiva de la presencia”. Lo característico de ellos –afirma Baart– es que están ahí para los demás, sin enfocar su atención directamente a la solución de los problemas. Acabarán enredados en esta tarea, a buen seguro, pero lo cierto es que no entra abiertamente en su propósito inicial. Se ofrecen a sí mismos, eso es lo más importante: están ahí, accesibles, acompañando a la gente, visitando a los vecinos, tomando café, etc.

Esta aproximación no parece muy profesional; quizá Baart no tenga razón y nos meta por mal camino; a buen seguro que su propuesta no tiene encaje en nuestro marco administrativo. Los servicios sociales no le dedicarán ni cinco minutos... ese es el problema.

A asuntos como éste queríamos aludir, en definitiva, cuando afirmábamos, párrafos atrás, que los servicios sociales no fueron pensados para las “cuestiones de la vida”.

Nuestra primera inspiración es Anthony Giddens y su “política de la vida”, expresión que recoge su convencimiento de que, en la modernidad avanzada, se nos plantean muchos dilemas y dudas, nos enfrentamos con problemas y tenemos preocupaciones que no tienen que ver con la pobreza, la desigualdad o la discriminación, sino con el modo en que debemos vivir, las elecciones que tomamos o las cuestiones existenciales que no podemos eludir. Él no habla de la exclusión social. Sus dilemas, dudas, problemas y preocupaciones son los de todos, los que marcan una época, los que inspiran sus principios, respuestas, propuestas, modelos, etc.

(11)

De partida no se cuenta con mucha información. Es curioso el poco conocimiento que tienen los trabajadores sociales, más allá de los recursos económicos, de la persona y de su familia, de quiénes son sus amigos, cómo han enfrentado otras situaciones difíciles, quién les apoyó, quién les hizo difícil la vida, etc.

| Política emancipatoria   | Política de la vida  |
|--|--|
| 1. Liberación de la vida social de las trabas de la tradición y la costumbre.  | 1. Decisiones políticas que derivan de la libertad de elección y generan poder (entendido como capacidad transformadora).  |
| 2. Reducción o eliminación de la explotación, la desigualdad o la opresión. Se interesa por la distribución discriminatoria de poder/recursos. | 2. Creación de formas de vida moralmente justificables que promoverán la realización del yo en circunstancias de interdependencia global.  |
| 3. Obedece a imperativos propuestos por la ética de la justicia, la igualdad y la participación.   | 3. Desarrolla propuestas morales relativas a la pregunta "¿cómo hemos de vivir?" en un orden postradicional y sobre el trasfondo de las cuestiones existenciales.  |
| 4. Ofrece la autonomía como el gran valor: los individuos serán libres para elegir con conocimiento de causa.                                  | 4. Busca un "principio activador de la conducta" alternativo al de la autonomía. Este nada dice sobre cómo se comportarán de hecho los individuos y los grupos. La auténtica libertad supone una actuación responsable para con los demás y el reconocimiento de la existencia de obligaciones colectivas. |
| 5. Es una política de la liberación y el poder social.   | 5. Es una política de la identidad, la conducta y el orden social.   |

Fuente: Giddens, 1997: 272, suplementado en 4 y 5 a partir de las palabras del propio autor.

Apliquemos esto al mundo de los servicios sociales. A partir de esta lectura de los nuevos tiempos, hay quien llega a proponer que las profesiones sociales dejen de prestar atención *exclusiva* a la manera en que liberan a su gente de las ataduras y empiecen a pensar en la ayuda, orientación, guía, referencias y marcos de interpretación que pueden ofrecer. (12)

No es Giddens, sin embargo, la única influencia. Si volvemos a los Países Bajos, nos encontramos con un autor, Hans van Ewijk, que ha escrito: "a la gente, que está perdiendo la brújula interior que le permite encontrar su camino, se le pide que se ajuste a diferentes situaciones y posiciones, pues de las personas de la modernidad se espera que vivan con diferentes identidades, se desplieguen en un mundo de lazos débiles y se adapten a la discontinuidad en sus vidas. La principal tarea es gestionar la complejidad de la vida de cada día. ... Muchas de las personas que necesitan ayuda no encajan en las categorías psiquiátricas, pues padecen males menos definidos y abiertos. ... Necesitan un apoyo que vaya dirigido claramente al individuo en su contexto, que le provea de soporte material e inmaterial, así de como orientación para la toma de decisiones [en el original, "practical coaching"]. ... Hay que reconocer (y dar respuesta a) los problemas socioeconómicos estructurales, las desigualdades de poder y los desórdenes físicos, psiquiátricos, de aprendizaje o psicológicos, pero, por importante que todo ello sea, no se erige en el punto de partida del trabajo social. Lo que se necesita son estrategias de apoyo social que ayuden a la gente a enfrentarse con la complejidad y a dar respuesta a las ideas modernas de la ciudadanía, que pasan por la responsabilidad hacia uno mismo y por actuar de un modo socialmente responsable. El Estado de la Complejidad "crea" nuevos tipos de funcionamiento social problemático. Deberíamos reorientar el trabajo social de modo que atienda a estas nuevas realidades".

El resultado, la suma de todo ello, es que los servicios sociales "no son un país para jóvenes" (13): no están pensados para ellos, no les hacen el bien

(12)

Harry Ferguson es claramente quien trae la política de la vida al trabajo social (y, en particular, al mundo del menor) y quien se lia en un debate agrio con quienes ven en lo que entienden el olvido de las circunstancias materiales un error y un mal que refuerza posiciones políticas, del tipo la tercera vía, que repudian. Véase su obra y la de su crítico Garrett, así como el esfuerzo de mediación de Houston en las referencias bibliográficas.

(13)

En este título resuena una novela de 2005 del norteamericano Cormac McCarthy, muy conocida por haber sido llevada al cine por los hermanos Cohen: *No es país para viejos*.

que podrían, puede que sean colaboradores inocentes e inconscientes de su mal, por acción o por omisión.

Y sin embargo, algo hacen y algo pueden hacer. Rescatemos lo posible, aprendamos de nuestras historias.

## Criseida y Diomedes: pasiones sin tiempo de madurar

Unamos sus dos vidas.

Criseida tiene dieciocho años, pero podría tener hasta veintidós. Busca con desespero en los servicios sociales aquello que no pudo encontrar en su familia o en la escuela, reconocimiento y apoyo. Cansada de no significar nada para las personas a las que quiere, confía en que los servicios sociales la reconocerán como una adulta, como aquella adulta que no es y en la que desea fervientemente convertirse. Todo son sueños y facilidades. Las dudas y las dificultades de un primer embarazo no borran la alegría del futuro nacimiento. Alguien le ayudará, sin duda. Todo será fácil. Acude a los servicios sociales porque está cansada y aburrida de su familia, en espera de poder marcharse a vivir con el padre de la criatura que espera.

Ayante es un varón, también de entre dieciocho y veintidós años. Espera convertirse en un padre de familia, rápida y mágicamente. El embarazo de Criseida le confiere una especial energía que, más allá de las dificultades, le coloca en la sociedad y le da una posición social que nunca tuvo. No quiso el embarazo, tampoco lo rechaza, pero no puede atender por sí mismo ni a la joven madre ni a la criatura que vendrá. Pide trabajo, vivienda y apoyo económico.

Ayante sale del hogar familiar. No había más que esperar, ni más que hacer. La futura criatura es la solución. Del pasado no hay nada que salvar. El niño o la niña por nacer traerá consigo una madre y un padre nuevos, y la esperanza de que todo irá mejor. Se siente feliz y animado. Ahora, futuro padre de familia, el mundo, los servicios sociales y su familia le escucharán.

Criseida y Ayante proceden de familias difíciles, acogidas desde “la eternidad” por los servicios sociales. Éstos apoyaron poco a sus padres, pero eran un referente, un lugar al que acudir; en ocasiones sí les dieron ayudas para comer el fin de semana o para pagar la luz en los meses de invierno. Cuando la relación entre unos y otros se convertía en un fuego incendiario, aparecía la trabajadora social por casa. Los niños que eran la recuerdan porque era amable y sonriente y recuerdan que los padres oscilaban entre temerla y necesitarla. Siempre con papeles, iba siempre con papeles, raros y difíciles, que daban buenas o malas noticias; como un pilar, se apoyaba sobre estos documentos.

Con este aprendizaje, Ayante sabe que la ayuda para atender el embarazo de la novia está también “donde la trabajadora social”. Acude allí, como lo hacían sus padres, pero no recibe siquiera aquellas pequeñas ayudas, sino un ligero sermón sobre su futuro y una lista de documentos y papeles que no entiende, que no tiene, que no puede conseguir.

Criseida también recurre a los servicios sociales, sola, por su cuenta. La trabajadora social la mira con paciencia pero no la escucha, y la devuelve a casa “con sus padres”. También puede ingresar, le dice, dentro de unos meses, en una residencia para jóvenes embarazadas, si hay plazas. Al final, sale de casa porque sus padres ni la entienden ni la ayudan. Se va con



Ayante, temporalmente, a casa de su hermana mayor, casada con un camionero de largas ausencias.

Han pasado diez años. Ayante y Criseida, su “novia de toda la vida”, hoy esposa, tienen dos hijas, de diez y cuatro años. Ayante trabaja en unos viveros cercanos y “resiste” todo el año. Durante años había hecho peonadas, los meses buenos, en tareas agrícolas. El resto del año, “resistir” y “buscarse la vida”, pequeños hurtos en los campos y menudeo de droga. El precio, de cuando en cuando, unos meses en prisión. “Es así”, decía a la trabajadora social cuando acudía a visitarla, entre condena y condena, para pedirle pequeñas ayudas, desahogarse, seducirla o amenazarla, para establecer una relación diferente a la que mantenía con el mundo que le rodeaba, para conversar. “Primero, mi familia”, es su lema.

Ayante querría añadir “no como mi padre”. Su padre les abandonó, volvió, bebió, insultó, trabajó y ganó suficiente dinero para comprar una vivienda de segunda mano. Volvió a beber, a insultar y a marcharse, en un círculo infinito de penas y desencuentros con su familia y con el mundo, en el que los niños no cabían. La madre, desbordada, también se marchó, aquí y allá, volvió y acabó sola con tres hijos varones a los que no podía controlar ni educar. La ayudó su madre, la abuela de los niños, verdadera interlocutora con los servicios sociales. Ni Ayante ni Criseida quieren esto para sus hijos. Ambos se esfuerzan, a pesar de las dificultades. Ayante querría mirar a su padre y decirle cuánto le odia y cuánto le necesitó, cuánto quiere que sus hijos no sientan por él su ira hacia su padre. Ayante, hoy adulto, recuerda la soledad, el desbordamiento, el miedo y el deseo irrefrenable de padre. “Esto no me pasará a mí”.

Ayante no bebe, pero tiene mal carácter. Es trabajador; puntual, metódico y ordenado. Hace bien su trabajo. Se enfada con frecuencia y es rígido en casa. En ocasiones, el mundo le pesa y huye. Se marcha con los amigos y vuelve a los días, en un cálculo bastante acertado de cuánto puede soportar su mujer y cuánto puede tolerar el dueño del vivero.

Criseida y Ayante caen en crisis recurrentes, pero “menos que mis padres”, cuenta Criseida. “Le conozco desde el colegio, siempre fue mi novio”. “Hoy, aguanto, por los niños. Vivo mejor que mi madre. Veremos”.

El tiempo “eterno” parece conjurar las pesadumbres de la familia de hoy, construida sobre unos fundamentos tan frágiles. Ayante y Criseida se aferran a una certeza que les hace confiar: la seguridad de que el mundo, difícil, es sin embargo el mismo de siempre. Tienen esperanza en el futuro. Pero el pasado se arrastra mientras no se le puede mirar con menos pesares, con menos deudas. ¿Cuánto les deben sus padres? Esta deuda “eterna” es la que Ayante y Criseida querrían ver saldada, porque se les debe. Su familia está en deuda con ellos.

Para saldar esta deuda, quieren atender a sus propios hijos y ser felices. Esta atención, reconocida socialmente, redimiría a los padres (los abuelos de esos niños) que, a través del éxito familiar y social de sus hijos, tendrían la oportunidad de reconocer sus errores y de reparar en lo posible los muchos daños infligidos. (14)

¿Fueron jóvenes alguna vez Ayante y Criseida? No acudieron a fiestas ni a conciertos, salieron poco. En un salto de siete leguas, pasaron de su familia de origen a la propia. Las personas jóvenes, en el sistema de servicios sociales, no tienen tiempo de madurar y de crecer; salen al mundo bruscamente, sin red que les permita volver.

(14)

En estos dos párrafos, y en algún otro posterior, hemos querido introducir una pequeña nota, casi una pincelada, de una perspectiva que ha trabajado mucho uno de nosotros, el modelo contextual de Ivan Boszormenyi-Nagy, quien tanta importancia dio a los conceptos de “libro de cuentas” y “justicia familiar” (Fombuena, 2011). Somos conscientes de que, sin desarrollo, la tesis puede resultar un poco paradójica.

¿Qué hicieron por ellos los servicios sociales? Estar disponibles, en un momento en el que el tiempo corre a toda velocidad. Es mucho y es poco.

¿Qué hubieran podido hacer unos servicios sociales un poco mejores? Atender a la joven pareja con ingresos suficientes, ayudas de alquiler, empleo. ¿Hubiera sido mejor el caminar de Criseida y de Ayante? Sin lugar a dudas.

Téngase en cuenta, sin embargo, que los recursos, aunque imprescindibles, no son suficientes (y nos fuerzan a ver el mundo a través de un catalejo económico). Sin un trabajo orientado al reconocimiento del otro, sin una mirada sólida y cálida, los recursos no sirven.

Los servicios sociales han de darles tiempo. Para las personas jóvenes, ganar tiempo es casi tan importante como ganar dinero. Con ese tiempo obtienen más protección; con la ayuda, puede que la situación familiar se serene temporalmente; quizá obtengan entonces el reconocimiento tan deseado. Parar el tiempo, aminorar la velocidad con que cada acontecimiento de la vida cotidiana es vivido por los jóvenes, es introducir posibilidades de mejora en el largo plazo. Los jóvenes que acuden con un embarazo (¿no deseado?), se encuentran en una curiosa situación: han de aprender a ser padres cuando aún no saben ser hijos, porque no pudieron hacerlo en su momento. Necesitan tiempo.

Para la generación anterior, el tiempo es la posibilidad de reconocer que sus hijos tienen su propia vida. Es el tiempo que se precisa para el crecimiento, la madurez y la separación de las generaciones, un instrumento muy poderoso que protege el futuro de los niños por nacer. Cuando la generación adulta reconoce los esfuerzos (pasados y presentes) de los hijos, la cadena intergeneracional no sufre vacíos y rupturas. La criatura por nacer se ubicará, de manera natural, en su sitio: entre los padres y los abuelos.

Ganar tiempo significa también, para los servicios sociales, que deben diseñar intervenciones de plazo medio y largo. Cada acción invalida o hace posible las siguientes. Lo que se hace hoy tendrá relevancia para el futuro de los jóvenes. (15)

El tiempo hace posible el reconocimiento de las respectivas aportaciones y vuelve visible la preocupación que todos tienen por que el otro viva mejor. Facilita la admisión de que cada uno es responsable y puede, porque tiene recursos, hacer su parte en la mejora de la situación. Consolidará una secuencia de intervención que tiene que ver con la confianza en las relaciones, confianza que aparece cuando se reconoce en los otros la preocupación por tu bienestar y se comprende que lo que se hace hoy, entre todos, tiene consecuencias en el futuro.

Los niños, ya jóvenes, pueden llegar a ponerse en la piel de sus padres, a los que tienen por déspotas y fracasados, por abusadores, violentos y mezquinos, en ocasiones con razón. Es entonces cuando rescatan la figura materna o paterna, aun por unos breves momentos. Su futuro será mejor.

Cuando surge el reconocimiento, por fugaz que sea, ha de aparecer también la responsabilidad. Con el reconocimiento, el joven crece. Con la responsabilidad, se convierte en un ciudadano, en alguien que puede respetar las normas y las reglas y educar a sus hijos lejos de los márgenes.

Los jóvenes que acuden a los servicios sociales pueden haber sido gravemente ofendidos. Los jóvenes que acuden a los servicios sociales no

(15)

Cuando se pregunta a las personas jóvenes, ya convertidas en adultos con una vida estable, quién o qué fue importante en los momentos de crisis de su juventud, una respuesta cada vez más frecuente es "mi asistente social" o "la participación en este u otro programa, que no entendí entonces, pero que me ayudó". Es una curiosa felicitación para los trabajadores sociales. Así, donde antes aparecían maestros, médicos y sacerdotes como referentes de ayuda, ahora hemos de incluir a los trabajadores sociales, aunque no acierten siempre.

son población general y sí personas que han vivido situaciones extremas, duras, nunca totalmente anestesiadas, imperdonables, que desbordan las convenciones sociales. “¿Cómo pudo mi madre quemarme las uñas de los pies? ¿Cómo puedo perdonarle? ¿Qué hará la madre de mi futuro hijo?”, se puede oír en su interior. Igualmente: “Ahora qué estoy embarazada, ¿qué haré con mi padre, que me violó hasta los trece años?”. El volcán de la vida, con el embarazo, entra en erupción. Hay sin embargo una fuerza, que es la voluntad de no repetir, de que la vida del futuro nacido sea mejor, sobre la que se construye la confianza en las relaciones. Los jóvenes, desesperadamente, sienten cólera, tristeza y voluntad de reparación a partes iguales. Necesitan, ahora, a aquellos padres indignos que, cuando se les acercan, se convierten en personas a las que poder mirar a los ojos y a las que reconocer como tales.

Los jóvenes desean querer a sus padres para poder querer a sus hijos. Necesitan un embarazo intempestivo para ofrecerles a los padres la posibilidad de mejorar. Ahora, los jóvenes tienen la oportunidad de redimir la conducta de sus padres y de ofrecer su sacrificio para la mejora de la familia en el futuro. Cuando se interviene con los jóvenes, no son los hechos los que marcan el pronóstico, sino el entramado de éstos.

## Diomedes o el retraso de la vida adulta

La historia de Diomedes ha sido más dura. (16) Diomedes es, recordémoslo, un hijo fracasado de la protección infantil.

Su familia de origen es una de esas familias aglutinadas con límites difusos entre sus miembros y roles mal delimitados. Su infancia, una constante de malos tratos físicos y humillaciones que le hacen huir a los doce años. Cambia de ciudad, vive en la calle y acaba con una familia gitana. Intervienen los servicios sociales (se trata de un menor en riesgo) y es internado en un centro de acogida. Al salir, vive con su abuela, quien mendiga y recoge papel y cartón y mantiene con sacrificio a los hijos y los nietos que tiene en prisión.

Diomedes comienza a realizar pequeños delitos y se inicia en el consumo de drogas con sus iguales. El final del proceso es la cárcel, trece años de cárcel. Aunque a muchos como él no se lo parece (la vida carcelaria es cosa de hombres duros), esta experiencia retrasa su entrada en la vida adulta. Cuando salga, cargará de por vida con dos enfermedades gravísimas, de curso crónico, que previsiblemente le provocarán un deterioro progresivo. La independencia quedará fuera de sus posibilidades.

Madurar privado de libertad es complicado. Madurar sin referentes, sin personas sólidas capaces de poner límites, ya lo era de por sí. Diomedes ha tenido que hacerlo a la fuerza.

Durante su etapa adolescente los servicios sociales no tuvieron capacidad para escucharlo. Así de sencillo: se les escapó, salió al mundo sin red y sin preparación y se estrelló.

Paradójicamente, la prisión que retrasó su entrada en la vida adulta, fue también quien la inició. Lo que precisaba para su desarrollo personal lo encontró allí. Necesitó veinte años, la mitad de su vida, para aprender a escuchar y a pedir que se le escuche. Una trabajadora social de la institución, capaz de ver más allá del estereotipo y trascender el historial de

(16)

Uno de nosotros ha escrito varios relatos y realizado interpretaciones de la vida de personas como Diomedes con acierto y originalidad (por citar uno sólo, García Vilaplana, 2007).

desencuentros con la institución, le fue mostrando el camino y allanando las dificultades; sucedió lo propio, más tarde, con algunas voluntarias. El encuentro de un superviviente enormemente frágil con otro ser humano genera siempre esperanza.

Inició Diomedes un proceso de desinstitucionalización, se incorporó a un taller prelaboral cuando estaba en segundo grado, progresó a tercer grado con el apoyo de una asociación y se integró en una vivienda tutelada. Sin romper los vínculos, pasó a vivir de forma autónoma. Hoy participa, agradecido, en todas las actividades de la asociación.

Tiene muy interiorizado el mundo de la prisión: mantiene una relación cálida y cercana con sus compañeros. Necesita sentirse parte de algo, acompañado, querido, pero le resulta difícil abrirse a los demás. Conseguirlo, para él, ha sido cuestión de tiempo y de estabilidad. Leal a las personas, visita regularmente a su abuela y a otros miembros de su familia; se preocupa por los próximos en dificultades.

Diomedes es ya un adulto, un adulto desconcertante e interesante a la vez, por cierto. Tiene un aspecto raro, ligeramente descoyuntado, la salud muy quebrantada y una mirada que atemoriza. Pero es un hombre extraordinariamente inteligente, que intuye que lo es y que guarda celosamente el secreto. Apasionado de los juegos de mesa “cerebrales” y gran lector de novelas, se diría que posee un radar que le permite encontrar, sin saberlo, buenos libros. De este modo, una semana se enfrasca en los años de la Gran Depresión con John Steinbeck y la siguiente la pasa en la Rusia de los zares con Dostoyevski. Tras sus muchos años en la cárcel, afirma a quien quiera oírle que no volverá a pisar un lugar así, pues no desea arriesgarse a fallecer dentro y a que su espíritu se condene a vagar eternamente por los muros de la prisión.

Es extraño pensar que Diomedes ha tenido que pasar por experiencias terribles para que desde los servicios sociales lo reconozcan y comiencen a confiar en él, pues ahora ya lo hacen, al menos con dinero (alquiler de vivienda, tratamiento odontológico). Todavía hay barreras, desde luego. El etiquetaje le sigue jugando malas pasadas y le priva de actividades formativas y beneficios varios. En ocasiones, sufre la imprudencia y el miedo de algunos trabajadores de lo social, quienes, después de abrir heridas todavía no cicatrizadas o preguntar más allá de lo debido, al no poder contener o soportar sus respuestas, cierran la entrevista intempestivamente.

En cualquier caso, ahora, cuando han transcurrido casi veinte años, se vislumbra una posibilidad de acompañamiento que permaneció cerrada en un momento crucial de su vida, cuando alcanzó la mayoría de edad en una transición vertiginosa, aunque fracasada, de la niñez a la vida adulta. ¿Dónde estaban entonces los servicios sociales?

Lo anunciamos páginas atrás. Él podía haber dejado críos por detrás, pero no lo hizo. Tiene amigos que sí. Nos cuenta cómo uno de ellos intenta recuperar a sus hijos adolescentes, que crecieron pensando que era un monstruo porque les había abandonado. Al parecer, tiene pesadillas recurrentes y siente que debe a sus hijos adolescentes todo aquello que no pudo darles en el pasado. Estos empiezan a construir sus vidas, necesitan experimentar y no siempre están dispuestos a aceptar los cuidados que su padre desearía dispensarles.

Para su amigo, como casi para él, han transcurrido veinte años de vida errática, de graves adicciones, de vida en los límites, de estancias cortas en instituciones totales, de violencia contra las personas y las cosas, de episodios autodestructivos, de desencuentros con los servicios sociales, de pérdidas y sensación de abandono, de grave deterioro de la salud, de salida del mercado laboral y autoexclusión del sistema sanitario, de enfermedad mental, de mantenimiento de una fragilísima red de apoyo social. En ocasiones, en los momentos de máximo desaliento, su amigo pide ingresar en una residencia, un lugar en el que no tenga que pensar, que no le obligue a realizar el enorme esfuerzo que representa vivir, enfrentarse a un nuevo día. Este amigo, al igual que Diomedes, no entró con buen pie en la vida adulta; de hecho, se diría que funciona como adulto sólo a medias.

## Conclusión

Criseida, Ayante y Diomedes son tres casos para una tesis. Para ciertos jóvenes “desfavorecidos” la entrada en la vida adulta no es fácil. Ellos se la complican con sus elecciones y acciones. Los servicios sociales –repetiremos una expresión ya usada– no saben, quieren o pueden ayudarles. El miedo al desorden, la obcecación con los recursos y el desconocimiento de las “cuestiones de la vida” juegan en su contra. Las probabilidades que tienen estos jóvenes de no llevar una vida buena o vivir en la exclusión social son, por ello, mayores.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALIENA, RAFAEL** (2008). *Los equilibrios del Tercer Sector. Una filosofía del pluralismo de funciones*. Madrid: Fundación Luis Vives.
- BAART, ANDRIES J.** (2002). *The Presence Approach: an Introductory Sketch of a Practice*. Recuperado de: <http://www.presentie.nl/site/> (última consulta: 31/05/11).
- BACKE-HANSEN, ELISABETH** (sine data). *Negotiating non-linear transitions - the case of marginalized youth, 19 pp.* Recuperado de [http://www.euro.centre.org/data/1220602930\\_18563.pdf](http://www.euro.centre.org/data/1220602930_18563.pdf) (última consulta: 31/05/11).
- BRACHER, MARK** (2006). *Radical Pedagogy: Identity, Generativity, and Social Transformation*. Gordonsville: Palgrave Macmillan.
- BRACHER, MARK** (2009). *Social Symptoms of Identity Needs: Why we Have Failed to Solve Our Social Problems, and What to Do About It*. London: Karnac.
- FERGUSON, HARRY** (2001). “Social work, individualization and life politics”. *British Journal of Social Work*, 31(1): 41-55.
- FERGUSON, HARRY** (2003). “In defence (and celebration) of individualization and life politics for social work”. *British Journal of Social Work*, 33(5): 699-707.
- FOMBUENA VALERO, JOSEFA** (2011). *Las familias de los trabajadores sociales. Un estudio de casos desde las aportaciones de Ivan Boszormenyi-Nagy*. Tesis doctoral. Universidad de Valencia.
- GABILONDO, ÁNGEL** (2007). “Lo que hace escribir”. *Despalabro. Ensayos de Humanidades*, 1: 159-160.
- GARCÍA VILAPLANA, ALFONSO** (2007). “Escucha con los ojos bien abiertos, ¡oh! alma afortunada, el canto de dos tipos divertidos”. *Portularia. Revista de Trabajo Social*, 7(1-2): 157-168.
- GARRETT, PAUL MICHAEL** (2003). “The trouble with Harry: Why the ‘New agenda of life politics’ fails to convince”. *British Journal of Social Work*, 33(3): 381-97.
- GARRETT, PAUL MICHAEL** (2004). “More trouble with Harry: A rejoinder in the ‘life politics’ debate”. *British Journal of Social Work*, 34(4): 577-89.
- GIDDENS, ANTHONY** (1997). *Modernidad e identidad del yo: el yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona: Península.
- HOUSTON, STAN** (2004). “Garrett contra Ferguson: A meta-theoretical appraisal of the ‘rumble in the jungle’”. *British Journal of Social Work*, 34(2): 261-67.
- MASTEN, ANN S.** (2001). “Ordinary magic: Resilience processes in development”. *American Psychologist*, 56(3).

- OSGOOD, D. WAYNE, CONSTANCE FLANAGAN y E. MICHAEL** (eds.) (2005). *On Your Own Without a Net: The Transition to Adulthood for Vulnerable Populations*. Chicago: University of Chicago Press.
- SHARLAND, ELAINE** (2006). "Young People, Risk Taking and Risk Making: Some Thoughts for Social Work". *FQS. Forum: Qualitative Social Research: Sozialforschung*, 7(1) art. 23, sin paginación.
- STEIN, MIKE** (2005). "Young people aging out of care: The poverty of theory". *Children and Youth Services Review*, 28: 422-434.
- STEIN, MIKE** (2006). "Research Review: Young people leaving care". *Child and Family Social Work*, 11: 273-279.
- VAN EWIJK, HANS** (2010). "Positioning Social Work in a Socially Sensitive Society". *Social Work & Society*, 8(1): 22-31.
- VIDAL FERNÁNDEZ, FERNANDO** (2009). *Pan y Rosas. Fundamentos de exclusión social y empoderamiento*. Madrid. Cáritas-FOESSA.